

CAPITULO CXXVII.

Atentados contra la vida de Alejandro Farnesio y del príncipe de Orange.—En la Junta de Amberes es nombrado el duque de Alençon señor de los Estados de Flandes.—Pide el de Alençon la mano y los auxilios de la reina de Inglaterra.—Toma de Tournay.

Poco á la verdad, tenía de satisfactoria la residencia en Flandes en aquellas circunstancias.

Apelaban á toda clase de medios para conseguir el fin apetecido y de la misma manera que en tiempos anteriores se atentara contra la vida de D. Juan de Austria, atentaban ahora contra la de Alejandro Farnesio, formándose una vasta conspiración en este sentido.

Felizmente descubierta la trama, y en poder de Alejandro el señor de Hez, que era el jefe, una vez que se le hubo probado su delito, pagó con la vida la infamia que trataba de cometer.

Y no eran solo los orangistas los culpables de tan reprobados hechos, si no tambien los españoles, que todo cabe en las guerras de religion, donde el fanatismo enciende violentamente las pasiones, impulsándolas á cometer faltas vituperables siempre, pero mucho mas cuando estas se cometen amparados por una bandera religiosa.

El príncipe de Orange estaba afrontando los mismos riesgos que Alejandro Farnesio, y ora se trataba de asesinarle por medio del puñal, ora se trataba de confiar al veneno aquella terrible mision.

No diremos que precisamente Farnesio fuese culpable de tal crimen, ni que el rey de España lo autorizara, pero lo cierto es que el embajador español en Londres tenía conocimiento de él, estaba en relaciones con los que trataban de ejecutarle, y parece que no se oponía á su realizacion.

«Del proyecto de envenenar al de Orange, dice un historiador, nos informa una carta que tenemos á la vista del embajador español en Londres, D. Bernardino de Mendoza, al secretario Gabriel de Zayas. Da cuenta en ella de cómo se le habia presentado un saboyano, que era el que lo habia de ejecutar, con carta de un mercader español de Calais, llamado Baltasar de Birgos, dice haberle respondido que un rey tan poderoso y tan cristiano como el de España, no necesitaba de tales artes para acabar con los herejes sus enemigos; mas no parece haber desechado el Mendoza el pensamiento cuando añade: Y concluyó con él, partí un real español y de columnas en tres partes, dándole las dos, que serian contraseña de que yo no le podia negar el haberme significado lo que queria hacer; con que se fué, pidiéndome, que por lo que podia suceder, escribiese al príncipe de Parma, que si un hombre que tenia dos piezas de un real partido, le enviase á pedir por aquellas señas un hombre fiado, y se viniere á favorecer de él, le entretuviese hasta que yo pudiese conocer por las señas que daría, si era el mismo que me habia hablado.»

Mientras proyectos tales eran descubiertos, impidiendo de momento al menos la realizacion de lo que se proponian sus criminales ejecutores, un acontecimiento verdaderamente importante verificábase en Flandes, acontecimiento que habia de prestar una nueva faz á aquella guerra.

El príncipe de Orange, á quien no faltaba sagacidad y astucia, comprendió perfectamente la posibilidad de que D. Felipe, dueño ya de Portugal, cargase con todas sus fuerzas sobre los Países-Bajos, oprimiéndoles de una vez.

Ante esta eventualidad, tomó una resolucion tan atrevida como inesperada.

Convocó á los Estados, y les expuso con franqueza la alternativa en que se hallaba, de, ó rendirse al rey de España, ó romper su yugo por completo, llamando á otro soberano extranjero para que le gobernase.

La parte católica mostróse escandalizada de semejante proposicion, mas como la mayoría de las provincias rebeldes eran protestantes y estas concluyeron por aceptar la idea del Príncipe, todas fueron adhiriéndose, eligiéndose finalmente para aquel puesto á Francisco de Valois, duque de Alençon y de Anjou, hermano del rey de Francia.

En la Junta general de los Estados, se hizo la declaracion de quedar privado Felipe de la soberanía, por no haber guardado los privilegios firmados, y que en virtud de la libertad en que quedaban aquellas provincias por esta falta, elegian á Francisco de Valois para que les gobernase.

Noticioso Felipe de esto, hizo pregonar un edicto, declarando traidor al príncipe de Orange y ofreciendo un premio de 25,000 escudos al que, muerto ó vivo se le presentara, accion que no podemos aprobar, pues no comprendemos en un rey poner á precio las cabezas, siquiera estas pertenezcan á rebeldes de las condiciones que poseía el príncipe de Orange.

En la misma junta en que se negaba la soberanía al rey de España, el archiduque Matías renunció á aquella especie de nominal poder que ejerciera durante algunos años, retirándose poco tiempo despues á Alemania.

Mientras tenían lugar estos sucesos, mientras por disposicion de la Junta se derribaban los retratos de Felipe II, se abatian las armas y banderas españolas, se hacian pedazos los sellos y se prohibía la acuñacion de moneda con sus bustos, jurándose en todas partes al nuevo soberano, el príncipe de Parma se apoderaba de Courtray y de otras poblaciones, y los rebeldes á su vez de la importante plaza de Malinas.

El general hugonote Lanoue hizo prisioneros á los hermanos conde de Egmont y de Sellés, pero al muy poco tiempo cayó él prisionero á su vez, y mientras en Frisia se sostenian muy rudos combates, Breda se entregaba á Alejandro, y este bloqueaba á Cambray.

Hallábase el duque de Alençon en Plesis-Les-Tours cuando llegó la embajada que iba á ofrecerle la corona, siendo aceptadas por él las condiciones que se le imponian, reuniendo inmediatamente un ejército con que pasar á sus nuevos estados.

Alistáronse muchos nobles franceses, reuniendo en un breve espacio doce mil infantes y cuatro mil caballos, con los cuales pasó á socorrer á Cambray, de donde tuvo que retirarse el príncipe de Parma.

Apoderóse tambien, sin gran resistencia, de Cateau-Cambresis, sin que pasara mas adelante, á pesar de las excitaciones, que tanto el de Orange como los Estados le hacian, para que se internase, diciendo que no tenia otro remedio que regresar á Francia, puesto que su ejército habíase comprometido únicamente á libertar á Cambray, pero que dentro de poco regresaria con mayores fuerzas, habiendo interesado en su favor á su hermano el rey de Francia y á la reina de Inglaterra.

Fácilmente se comprende que la eleccion del duque de Alençon tenia que complicar las relaciones entre los soberanos europeos, puesto que Felipe II no podia ver con gusto aquella ingerencia mas ó menos directa de la Francia en sus provincias de Flandes, y á su vez el rey de Francia veía sin disgusto aquel nuevo medio de producir complicaciones á Felipe.

El monarca español aparentaba contentarse con aquella protesta, pero en nada creía; lo de Portugal llamaba su atencion en primer término, y como vulgarmente se dice, iba guardándolo todo para el día en que pudiese mostrar abiertamente su disgusto.

Confiado se hallaba el de Alençon en el apoyo de la reina de Inglaterra, cuya mano solicitaba; pero Isabel que, como decia nuestro embajador en aquella corte, *cada año era desposada sin ser casada nunca*, dejó que se extendieran las capitulaciones matrimoniales, recibió al de Alençon con extraordinario afecto, llegóse hasta el cambio del anillo nupcial, y tras esto, despues de tres meses de permanecer en Londres vióse partir de allí al prometido esposo, al frente de una armada inglesa, haciendo rumbo á Flandes sin haber verificado su matrimonio, y sin que en lo sucesivo se volviese á hablar mas de él.

Entre tanto, el duque de Parma, realizaba una de las mas importantes empresas de aquella guerra, cual fue la toma de la fortísima plaza de Tournay, situada sobre el Escalda.

No es Tournay comida para walones, decia el príncipe de Orange, al tener noticia de que el de Parma se habia presentado frente á la ciudad, que era el asilo de todos los protestantes y de los que sin serlo eran enemigos de los españoles.

Nueva D.^a María Pacheco, la princesa de Espinoy, Philipa Cristina de la Lain, defendió la plaza en ausencia de su esposo, con una energia, una serenidad y una inteligencia superiores á todo encarecimiento, y mas de una vez empuñando con heroico denuedo la grosera espada, combatió bravamente y en los puntos de mas peligro, de lo cual fue buena prueba la herida que recibió en un brazo, y que haciéndola perder sangre no consiguió que perdiera ni se debilitara un solo instante su decision.

Manifiesta un historiador que solo el duque de Parma podia rivalizar en bravura con la Princesa, pues como ella se mostraba en los puntos de mayor peligro, como ella dirigía con inteligencia las operaciones, y como ella tambien fue herido hallándose dentro de una casita con algunos de sus capitanes, por una bala de cañon, que derribando aquella, le sepultó con sus compañeros entre escombros.

Estoy vivo con el favor de Dios, y viviré, pese á los enemigos, tales fueron las palabras que pronunció, cuando, bañado en sangre, con la cabeza y el hombro lastimados, salió de entre los escombros donde los españoles creían hallar solo su cadáver. Y no fueron estas frases vanas amenazas.

Desgracióse un asalto intentado por los sitiadores, merced al heroísmo de los de adentro, y hubo grandes pérdidas de una y otra parte; animaba á los sitiados la esperanza de que, bien el príncipe de Orange, bien el de Alençon, á la sazón en Inglaterra, vendrian en su socorro, pero ni una ni otra cosa se verificaba, y engrosábase entre tanto el ejército sitiador con alemanes, españoles y borgoñones, desecha ya con el nombramiento de Alençon la prevencion que contra ellos tenían los flamencos leales, y puestas en este estado las cosas, era ya imposible la resistencia.

Una capitulacion, hecha no muy á gusto de la Princesa, y en la cual se estipulaban entre otras, las condiciones de que los sitiados saldrian con armas, bagajes y banderas desplegadas, y podrian gozar de sus bienes fuera del país, si no querian vivir en el Catolicismo, abrió, al vencedor de Maestricht las puertas de Tournay, donde entró aclamado por sus tropas, mientras la princesa de Espinoy salía siendo saludada respetuosamente por los mismos soldados que acababan de combatir.



J. SERRA LIT.

Lt. VIDAL, Dims. 29.

TENTATIVA DE ASESINATO CONTRA EL PRÍNCIPE DE ORANGE.

CAPITULO CXXVIII.

Nuevo atentado contra la vida del príncipe de Orange.—Riesgo que corrió el duque de Alenzon.—Proceder de este.—Consecuencias que tuvo la ligereza con que procedió.—Evacuan los franceses los Países Bajos.

PRECISAMENTE cuando la pérdida de Tournay había producido tan deplorable efecto entre los flamencos, la llegada del duque de Alenzon, con la numerosa escuadra que traía de Inglaterra, llegó á infundirles mayor ánimo que el que les quitara la pérdida de la importante población.

Así fue que el recibimiento que en Amberes se le hizo llamó la atención por la esplendidez y fastuosidad desplegada en semejante acto.

Varios días duraron las fiestas, cuando un incidente harto desagradable á la verdad, vino á llenar de luto el corazón de los flamencos, y á poner en grave riesgo la existencia del de Alenzon.

Celebraba el príncipe de Orange un banquete el día 18 de marzo de 1582, aniversario del nacimiento del de Alenzon, cuando se le aproximó un individuo desconocido y le entregó un memorial que el Príncipe se puso á leer.

Precisamente este fue el momento elegido por el asesino, pues tal lo era el desconocido, y sacando una pistola disparó sobre el Príncipe, atravesándole la bala ambas mejillas, arrancándole algunos dientes.

El desmayo sobrevenido al de Orange y la pérdida de sangre que su doble herida le producía, hicieron creer, lo mismo á los que le rodeaban que á toda la población, por donde se difundió con extraordinaria rapidez la noticia, que el Príncipe había muerto, y como precisamente en Amberes era donde más cariño se le profesaba, llorábase cada uno como si hubiese perdido á su padre, según la expresión de un historiador moderno.

Esparciose despues la voz de que aquel asesinato era obra de los franceses, para que el de Alenzon disfrutara más libremente de su autoridad, y la indignación popular, adquiriendo mayor violencia cuanto más insistencia tomaba el rumor, estalló con furia, corriendo grave riesgo la existencia del Duque, que pudo salvarse merced á que, recobrado el de Orange, pudo escribir una declaración eximiendo á los franceses de toda culpa.

Efectivamente, el autor de tan criminal atentado era un español, natural de Vizcaya, llamado Juan de Jáuregui, quien, según parece, fue impulsado por un compatriota que se llamaba Gaspar de Anastro, el cual, arruinado en sus operaciones mercantiles, trataba de indemnizarse con la cantidad ofrecida por el Monarca español con aquel objeto.

Jáuregui era más bien un fanático que un criminal, puesto que, durante su proceso, probóse que había recibido los Sacramentos de mano del dominico Tinorpan antes de cometer el crimen, manifestando que ya sabía que iba á la muerte, y efectivamente, ni él, ni Gaspar de Anastro, ni el confesor Tinorman sus cómplices pudieron evitarla.

Cogidos todos fueron condenados á muerte y descuartizados, colocándose sus miembros en las torres y puertas de la ciudad.

El príncipe de Orange consiguió curarse de aquella herida, merced al cuidado de los facultativos, mas comprendiendo por aquel atentado que su existencia comenzaba á estar seriamente amenazada.

Reducida la guerra durante todo este espacio á la mútua toma de varias plazas, únicamente cuando los antiguos tercios españoles, en unión de los borgoñones é italianos, regresaron á Flandes en agosto de 1582, fue cuando pudo el de Parma emprender decididamente la ofensiva, batiendo al ejército de las provincias confederadas, obligándole á replegarse al abrigo de los muros de Gante, mientras en Frisia se alcanzaban otros triunfos por el valeroso Verdugo.

En noviembre de aquel mismo año recibieron los flamencos un refuerzo de ocho mil hombres entre franceses y suizos, refuerzo que le llegó muy á tiempo al de Alenzon, puesto que ya los flamencos comenzaban á murmurar.

Había sido tan pródigo en prometer el de Alenzon y tan parco en cumplir, que consiguió escitar la general impaciencia, y aun la duda respecto á sus ofertas, así fue que no tuvo otro remedio que instar vivamente á su hermano para que le enviase aquellos ocho mil auxiliares entre franceses y suizos en noviembre de 1582, los cuales iban mandados por el duque Montpensier, que era el suegro del príncipe de Orange, y por el mariscal Byron.

Estas tropas, con las cuales creía el de Alenzon poner coto á los triunfos del de Parma, pasaron á alojarse en Dunquerque, Ostende, Brujas, Termonde y otras poblaciones importantes, sin que su presencia fuese bastante para atajar los progresos de Alejandro Farnesio, como había supuesto con más presunción que cordura el soberano francés.

Verdaderamente que la conducta de Enrique de Francia era bien digna de censura y debía irritar á Felipe, que si por el momento no pudo castigarle cual merecía, no por eso dejó de recordar el agravio, pues mientras aparentaba estar en buenas relaciones con él, protegía y auxiliaba al ex-prior de Crato, como vimos en otro lugar, dejándole formar expediciones y levantar tropas para sostener sus pretensiones al trono portugués, y enviaba soldados á su hermano para auxiliar á los flamencos en su pertinaz rebeldía contra Felipe.

Acciones eran estas que no podía olvidar el rey de España y que hacía presagiar para no muy lejanos días nuevas complicaciones entre las dos cortes de París y de Madrid.

El socorro que con los soldados franceses recibieron los flamencos, no les pareció á estos completamente en armonía con las ofertas que el de Alenzon les hiciera, y mirando con poco afecto á su nuevo soberano, teníanle reducido entre los estados y el príncipe de Orange á la misma condicion en que se hallara el archiduque Matías.

Esto engendró disgustos de gran consideracion, disgustos á los cuales daba mayor pábulo la debilidad del de Alenzon, que se dejaba seducir por los imprudentes consejos de sus oficiales, que se hallaban enojados de aquella especie de tutela en que el Duque se hallaba.

Instáronle, para que por medio de la fuerza se apoderara del poder, y sin tener en cuenta el mal aconsejado Príncipe las consecuencias que de aquel paso podían alcanzarle, asintió á ello, quedando determinado que en un día fijo, que fue el 17 de enero de 1583, se apoderasen los franceses de las poblaciones en que estaban alojados, arrojando de ellas á los flamencos.

«Reservóse para sí la empresa de Amberes,—dice un historiador moderno,—y so color de pasar á la provincia de Güeldres, aprovechando la estacion de los hielos, según el de Orange deseaba y proponía, reunió la mayor parte de sus tropas en el campo y aldeas próximas á Amberes, y en combinacion con los franceses, que preventivamente había hecho acuartelar en la ciudad, y con pretexto de pasar revista á todo el ejército, cuando ya estuvo todo en órden: «Ea, hijos, les dijo; vuestra es Amberes.» Y encaminóse á la ciudad, hizo degollar los flamencos que guardaban la puerta, deramaronse los suyos por la población gritando: «Misa y duque,» que era su santo y seña, y entrando en las casas lo saquearon todo, ayudados de los que estaban ya dentro. Los vecinos de Amberes, viéndose tratados de aquella manera por los que poco antes habían sido sus huéspedes y estado entre ellos como hermanos y amigos, ardiendo y rebosando en ira toman todas las armas, nobles, plebeyos, eclesiásticos, ancianos, mujeres y niños, y embistiendo á los franceses, hieren, matan, degüellan en las calles y en las casas con frenético furor; los franceses, que hostigados dentro, en vano buscan salida, caen heridos ó muertos, y se forma á la puerta un montón inmenso de cadáveres; otros son arrojados por encima de la muralla al campo. Grande fue el estrago y horrible la mortandad; cerca de dos mil franceses pagaron la abominable traicion con sus vidas, y otros tantos quedaron prisioneros, merced á la generosidad con que los trató el de Orange cuando acudió de la ciudadela en que se hallaba.»

Harto cara pagó el de Alenzon la traicion cometida, puesto que se vió errante en medio de un país completamente hostil, sin mantenimientos para su gente; no teniendo otro remedio que disculparse con el de Orange, poniéndole como mediador, y diciendo que únicamente los malos tratamientos que recibieran los suyos de parte de los de Amberes, produjeron aquel suceso, con lo cual consiguió solamente irritar mucho más á los flamencos.

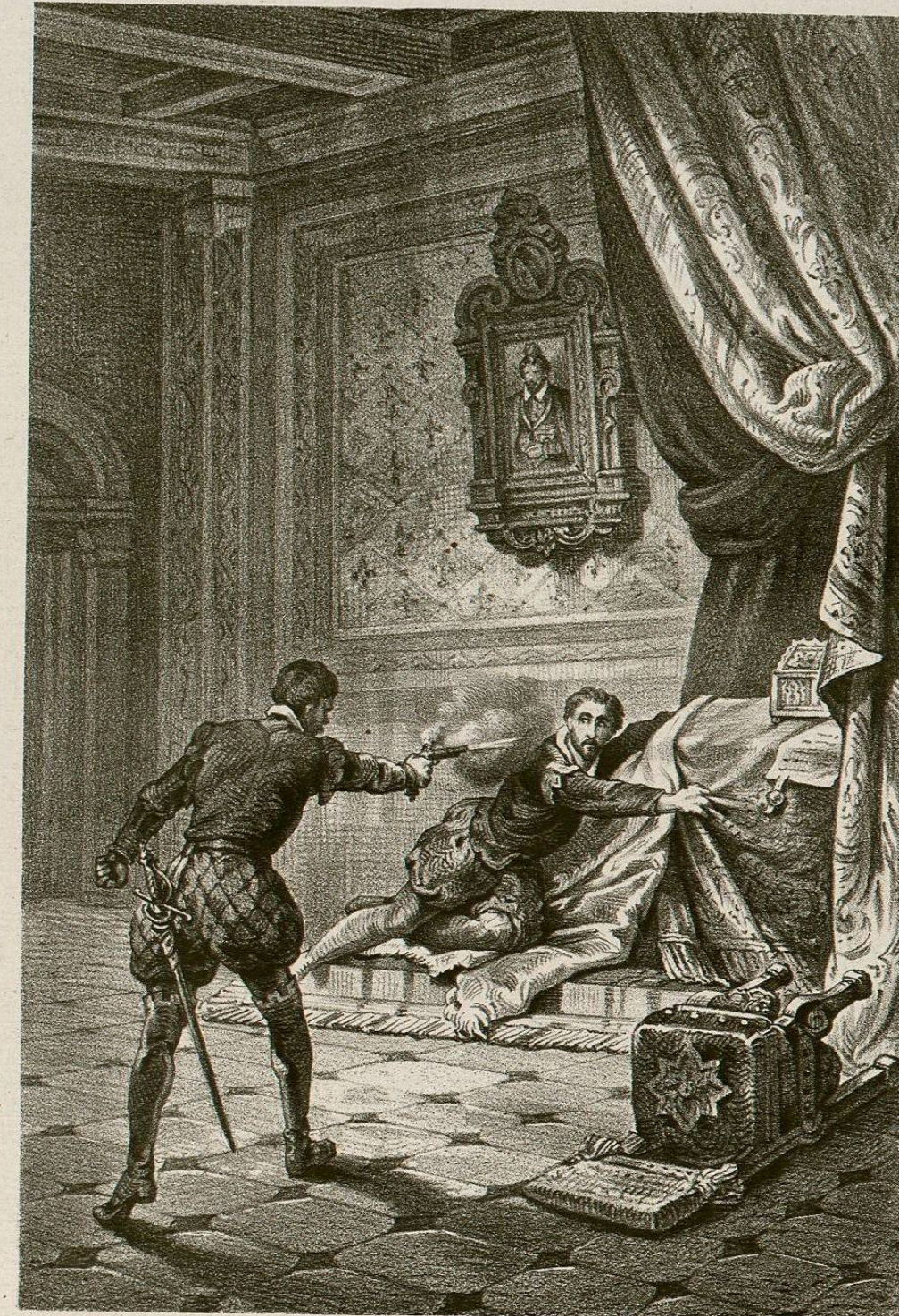
Alejandro Farnesio, instruido de lo que ocurría, trató de aprovecharse de aquella discordia, para ver si conseguía que el francés le entregara las plazas que poseía, y entrando en negociaciones con los diputados de las provincias de Flandes y Brabante, procuró que se apartaran de la confederacion.

El proceder de Alenzon había de tal manera conseguido irritar á las provincias unidas, que fácilmente habría podido conseguir el de Parma realizar sus propósitos, puesto que ya trataban aquellos de despojar al francés de la soberanía de los estados, á no encontrarse al frente de la revolucion una persona de la inteligencia y penetracion del príncipe de Orange.

Apenas llegó este á traslucir lo que pasaba, como que tenía una gran autoridad con los estados, por medio de un hábil discurso consiguió calmar la irritacion que sentían contra el francés, haciéndoles presente que reprobaba, como no podía menos de hacerlo, la infame traicion del duque, y que estaba muy conforme con que en virtud de ella había perdido todo el derecho á aquella soberanía con que se le invistiera, pero que harto castigado quedaba con el descalabro sufrido, y que no era político, á pesar de que con su accion perdiera todo el derecho á la soberanía, privarle de ella, toda vez que, estando en posesion de varias plazas, había de costar mucha sangre el recobrarlas, y no estaban en disposicion de debilitarse más.

En virtud de esto los estados aceptaron como buenas las razones del de Orange, y entraron en avenencia con el duque de Alenzon, celebrando un convenio en 8 de marzo de 1583, por el cual volvían las cosas al ser y estado de antes, quedando con este motivo rotas las negociaciones entabladas por el duque de Parma.

En estas circunstancias pudo apreciarse debidamente hasta qué extremo rayaba la aversion y el odio que aquellas provincias habían llegado á adquirir contra la dominacion de España, pues á pesar de su resentimiento tan justo contra el de Alenzon, consintieron en seguirle sometidas antes que volver á reconocer á Felipe.



J. SERRA, III.

LII, VIDAL, Oims, 29

MUERTE DEL PRÍNCIPE DE ORANGE